HOMENAJE A D. ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ

Hace ya un año, el 30 de marzo de 1990, el Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, en colaboración con el Ayuntamiento de la ciudad, ofreció un homenaje a D. Antonio Domínguez. Dar noticia y comentar con brevedad este acto constituye una singular satisfacción por el motivo, por el homenaje en sí y por algunos recuerdos que se ligan definitivamente a aquella fecha.

El homenaje tuvo dos partes: un almuerzo que los miembros del Centro dimos a D. Antonio en el Hotel Alhambra Palace y un acto académico en el Ayuntamiento, centrado en la conferencia de D. Felipe Ruiz Martín sobre "La Hacienda de Felipe III"

Lo primero fue una auténtica convivencia de la práctica totalidad de quienes pertenecemos al Centro y de historiadores y socios correspondientes venidos de fuera. No fue rara en absoluto esta circunstancia pues es sabido el gran poder de convocatoria de D. Antonio Domínguez. El propio homenajeado con esa lógica, pero sobre todo con esa sencillez tan característica suya, confesó en las inevitables palabras que hubo de pronunciar en la comida que realmente no entendía bien a qué se debía aquel acto. Como es natural tuvo una debida, y me atrevo a decir que magnífica, aclaración y loa a su persona por parte del presidente del Centro fray Darío Cabanelas: D. Antonio había presidido los primeros años de esta institución, recuperada al cabo de tantos años desde una de las épocas más brillantes de la inquietud intelectual y cultural granadina. Difícilmente pudo existir mayor acierto para el Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino que hallar la colaboración y magisterio de este andaluz enorme en sabiduría y prestigio, nacido en Sevilla y afincado casi desde siempre en Granada.

La conferencia fue por la tarde en el Ayuntamiento. El tema, mencionado más arriba, era interesante por sí mismo, pero la ocasión le brindaba un interés añadido extraordinario: los difíciles vericuetos económicos, políticos y sociales de los comienzos del siglo XVII alumbrados por un especialista de primer orden, que confesó que fue el propio D. Antonio quien le sugirió el tema. Y la verdad es que

D. Felipe Ruiz no defraudó con su exposición en torno a las posturas de las ciudades representadas en Cortes con relación al voto de impuestos, los problemas planteados por los banqueros genoveses, las presiones de la oligarquía y las piruetas de Lerma, "hombre de mañas", para salir de las situaciones, los difíciles perfiles de separación entre una hacienda del Rey y otra del reino, etc., etc.. El intercambio de sugerencias y opiniones entre los dos académicos, D. Felipe y D. Antonio, aún enriqueció todavía más la sesión.

El homenaje fue muy gratificante para todos los que estuvimos presentes, pero el destino acabó por darle otro significado insospechado entonces para cuantos, como para el que escribe esta resumida crónica, podemos recrearnos en el recuerdo igualmente gratificante, aunque doloroso, de una querida compañera de Facultad y colega del Centro, Concha Félez. Muchos estuvimos con ella por última vez en el homenaje a D. Antonio. Poco después se nos marchó para siempre. Por eso el recuerdo de su viveza, de su inteligencia y de su humanidad derramada por todos los sitios quedará vinculado a la historia de un homenaje con historia.

Juan C. Gay Armenteros